

Contexto global e incertidumbres hegemónicas

JOSÉ DÉNIZ ESPINÓS*

A consecuencia de la profunda crisis por la que atraviesa el capitalismo, el sistema intenta reorganizarse y con ello se trastocan los paradigmas del desarrollo. La internacionalización del capital ha compenetrado las estructuras, los valores y los intereses nacionales de numerosos Estados y sociedades, que deben sujetarse a los postulados del imperialismo mundial. Hay también un colapso del modelo de representación y gobernanza que objeta las tradicionales categorías de la política y la sociología. Asimismo, con las medidas proteccionistas impulsadas por el gobierno de Donald Trump, los países periféricos se enfrentan a restricciones externas que impactan la política nacional, la economía y el medio ambiente.

Introducción

Para comprender las realidades nacionales, es necesario cada vez más conocer el contexto global del que forman parte. El proceso de internacionalización o globalización en todos los planos de la vida cuestiona las fronteras entre lo nacional y lo internacional, por lo menos como se entendía hace unas décadas. Muchas estructuras, valores e intereses nacionales se han endogenizado en el ámbito internacional. La imbricación es tal que uno no se entiende sin el otro. También los límites entre lo público y lo privado se han diluido; paulatinamente lo privado ha adquirido mayor presencia en los espacios públicos, incluyendo la administración estatal.

Una de las características más relevantes de la actualidad es la financiarización de la economía. Esto significa un conjunto de cambios en-

tre el sector real y el financiero, lo que ha adjudicado mayor importancia a los elementos y actores financieros, al integrar

fenómenos tan diversos como la orientación de las empresas hacia la maximización del valor de la acción, el incremento de la deuda de las familias, cambios en las actitudes de los individuos, incremento de las rentas derivadas de actividades financieras, aumento de las frecuencias de las crisis financieras, e incremento en la movilidad del capital internacional.¹

Tal situación corresponde a un cambio en los paradigmas de desarrollo en el mundo, que

¹ Engelbert Stockhammer, «Financialization and The Global Economy», *Working Paper Series 240*, Political Economy Research Institute, University of Massachusetts Amherst, 2010, en http://www.peri.umass.edu/fileadmin/pdf/working_papers/working_papers_201-250/WP240.pdf

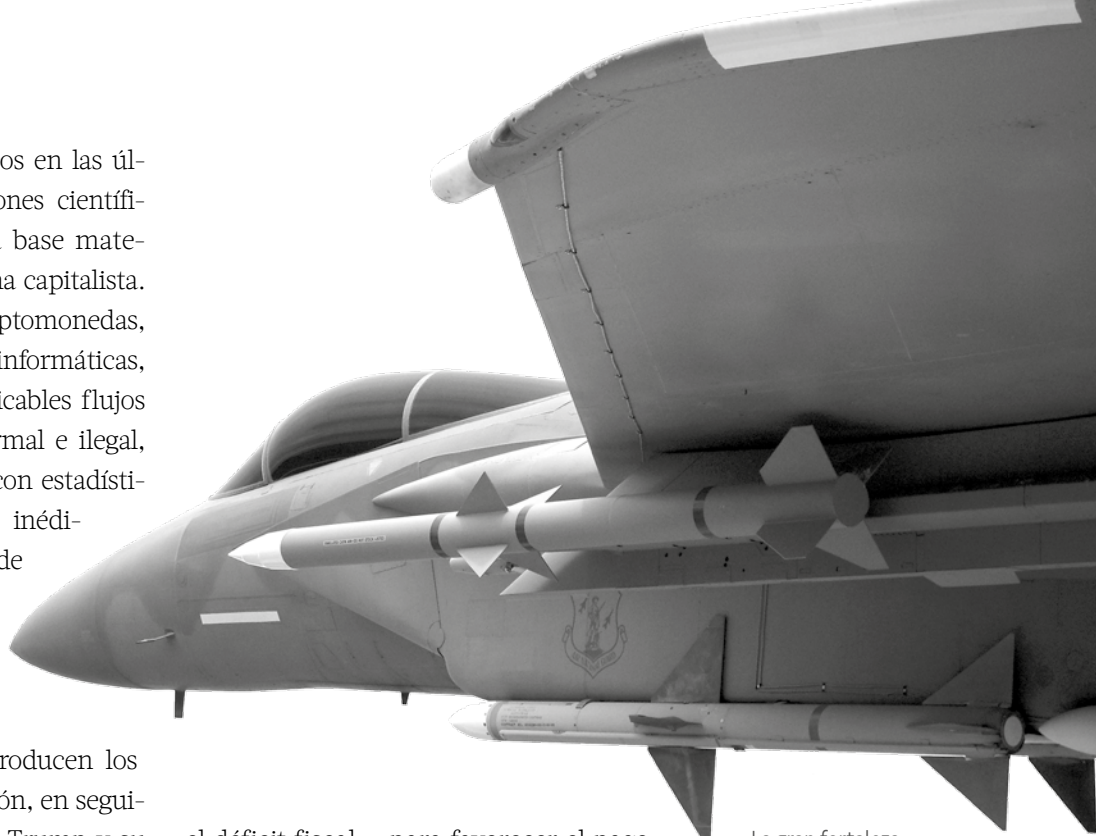
* Docente investigador, Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

realizaron los centros hegemónicos en las últimas décadas. Las transformaciones científico-tecnológicas han aportado la base material para este reajuste en el sistema capitalista. Nuevos fenómenos como las criptomonedas, la robotización y las aplicaciones informáticas, así como los grandes e incuantificables flujos monetarios de la economía informal e ilegal, incluyendo los paraísos fiscales, con estadísticas ficticias, plantean escenarios inéditos derivados de esa plataforma de transformación.

En un afán por efectuar una aproximación reflexiva al tema, este trabajo se estructura de la siguiente manera: primero se introducen los rasgos del contexto de globalización, en seguida se expone el papel de Donald Trump y su estrategia «America First», posteriormente se incluyen aspectos nuevos que caracterizan la situación, por último se proponen varias ideas en las palabras finales.

Contexto de la globalización

El capitalismo sufre una crisis profunda en la que lo público —incluidos los aparatos del Estado— se ha privatizado bajo la supremacía de lo financiero y en alianza con las grandes empresas transnacionales (ETN), las cuales han concentrado la propiedad o el control y llevan a cabo inversiones menos productivas y más especulativas que les reportan enormes ganancias y todo tipo de beneficios e influencias. Como reflejo de esta situación, las políticas económicas que impulsan las instituciones multilaterales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) y las valoraciones de las agencias de calificación de riesgos (Moody's, Standard & Poor's y Fitch) han dado prioridad a los ajustes económicos que buscan el equilibrio macroeconómico —mayoritariamente con la entrada de capitales para reducir



el déficit fiscal— para favorecer el pago de las deudas sobre la política de crecimiento y empleo, sacrificada por el recorte del gasto público.

En los gobiernos, la presencia de personas provenientes de la banca de inversión y valores (por ejemplo, Goldman Sachs) se ha vuelto una situación recurrente, como sucede en el gobierno de Trump o de ciertos países de la Unión Europea y otras regiones. Se trata de un capitalismo financiero, cuyo poder ha logrado dominar tanto a la economía, la sociedad y la política, como a gran parte del pensamiento y los valores éticos y morales hegemónicos en las instituciones primordiales del sistema, sean de los ámbitos gubernamental, educativo, público y privado.

Gracias a los adelantos científico-tecnológicos, las ETN generaron cadenas de valor por todo el mundo para abaratar los costos, de acuerdo con la lógica de una internacionalización del capital nunca antes vista. Es lo que coloquialmente se denomina globalización. El proceso científico, tecnológico y de innovación (CTI) no es neutral, responde a esa visión e intereses, es liderado por Estados Unidos y se enfoca en la esfera militar, lo que le confiere una gran fortaleza

La gran fortaleza de Estados Unidos se sustenta en su poderío militar, que concentra el proceso científico, tecnológico y de innovación.

frente a otras naciones. Avances como la robotización coadyuvaban al desempleo y la precariedad del empleo, al congelar o disminuir el poder adquisitivo de los salarios e incrementar las desigualdades al interior de los países y entre ellos, en tiempos de fuerte impulso al consumismo.

Pese a lo anterior, se impuso la práctica del condicionamiento de las instituciones y las reglas nacionales en las relaciones multilaterales globales, de esa manera se cuestionó al propio sistema multilateral global. Simultáneamente, surgieron iniciativas orientadas a profundizar, en grados diferentes, espacios de integración regional (revalorización de la región), a fin de tener mejores condiciones en las negociaciones internacionales y enfrentar desafíos y oportunidades en el nuevo escenario.

En la actual coyuntura, el gobierno estadounidense defiende el proteccionismo, mientras que el chino está a favor de un liberalismo comercial. Todo ello en un escenario donde emerge un fuerte cuestionamiento a la globalización, ignorado por las autoridades. Las narrativas son confusas y tienen distintas intensidades. Sobre todo, son contradictorias con aquello que se defendía hasta ahora. La polémica reside entre proteccionismo y libre comercio, la defensa o la crítica de una determinada política posee una abundante literatura originada en los tiempos del mercantilismo.

Lo relevante en este momento es que en las últimas décadas, en nombre del libre mercado, el libre comercio y la libre circulación del capital, se impusieron teorías y políticas que rompieron con lo establecido en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y fueron asumidas por sus defensores como la verdad inobjetable; asimismo, lograron imponerse desde los grandes organismos multilaterales y gran parte de los gobiernos nacionales en países centrales y periféricos.

Este proceso, conocido como neoliberalismo, se asocia con la citada globalización. La globalización neoliberal, que ya venía gestándose, se consolidó a partir de la crisis de la década de 1970

y fue la respuesta hegemónica a la misma. Se expresó en el desmantelamiento del Estado con la privatización de los principales servicios públicos, la desregularización del mercado, la flexibilización y pérdida de derechos en el mercado laboral, la creación de tratados de libre comercio, entre otros. El sistema financiero supo promover créditos, no siempre transparentes, que permitieron a numerosas personas vivir la ficción de tener una capacidad adquisitiva mayor de la real mientras quedaban endeudadas, muchas de ellas sin poder cubrir las obligaciones, lo que conllevó a la respectiva pérdida de bienes.

Un realce especial tuvo la liberalización de los movimientos de capital, con una preeminencia de las actividades especulativas, gracias a la utilización de los paraísos fiscales como refugios de dinero de cualquier origen, que facilitó aún más el incremento de las ganancias que escapan a los controles estatales y la consecuente disminución en la recaudación fiscal. El poder corporativo fue creciendo: el derecho de las empresas, de dueños y directivos de las transnacionales, predominó sobre el de las instituciones públicas y el resto de la población. Las desigualdades aumentaron, hecho que cuestiona el modelo de democracia existente.

Los tratados de libre comercio (TLC) han sido los instrumentos formales jurídicos a los que más se ha recurrido para alcanzar altas cotas en la liberalización comercial, de modo que las ETN pueden obrar con menores obstáculos en sus operaciones. Más tarde se amplió hacia el ámbito de las inversiones y otras actividades de la financiarización, lo cual hizo todavía más visible el quehacer de dichos grupos corporativos, articuladores clave de las políticas de la globalización y sus intereses.

Donald Trump y el «America First»

Desde que Donald Trump asumió la presidencia de Estados Unidos el 20 de enero de 2017, se convirtió en el centro de las noticias y desvió el



El empresario Donald Trump, del Partido Republicano, asumió la presidencia de Estados Unidos el 20 de enero de 2017 con el lema «America First», en un intento por enaltecer el proteccionismo nacionalista.

debate sobre lo sustancial: qué hay detrás de su figura, a qué se debió su triunfo electoral, qué representa realmente la política que impulsa en esta fase histórica. También se ha omitido señalar las contradicciones que existen en el seno de las élites de su país, que continúan a la vanguardia del imperialismo mundial.

Hay quienes han afirmado que Trump es un peligroso enemigo del libre comercio, cuyas bondades no paran de evocar distintos sectores económicos y políticos. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Ni Trump es un enemigo del libre comercio, ni las medidas proteccionistas que propone representan una panacea para aquellos sectores de la población que le han votado en busca de una alternativa al estatus actual. Lo que hay es un reacomodo de fuerzas y un estilo de negociación que pretende defender sus intereses.

Cabe recordar que la potestad de este empresario-presidente se encuentra en los negocios de múltiples empresas presentes en diversos países, incluidos varios islámicos. Por tanto, es un claro ganador de la globalización neoliberal, que ha sabido aprovechar las ventajas de la liberalización de los mercados internacionales y que ahora pretende incrementar su poder económico y el de sus círculos más cercanos, mediante el voto y el apoyo de numerosos electores, desconcertados e irritados por las consecuencias del modelo impulsado desde el *establishment*, como si ese modelo no tuviera nada que ver con Trump y sus negocios.

Un modelo contrario a la equidad, la cohesión social y la sostenibilidad que ha generado un amplio descontento entre los habitantes —agravado tras el estallido de la crisis financiera en 2008—

y que Trump ha sabido simplificar favorablemente al centrar la atención en pocos aspectos: 1) México y los tratados de libre comercio como culpables de la deslocalización industrial y la salida del país de empresas de capital estadounidense; 2) los emigrantes mexicanos y latinos en general como usurpadores de la riqueza y peligrosos para la seguridad estadounidense; 3) las regulaciones medioambientales que sólo sirven para impedir el crecimiento de la economía y la prosperidad de Estados Unidos. A ello se suman las apelaciones al terrorismo islámico, la amenaza china, el perverso papel de la Unión Europea y otros tópicos destinados a fijar la atención en el enemigo exterior e incrementar la base de apoyo en su país. Es la lógica simplista de que siempre el malo es el otro y de la dualidad entre el bueno y el malo en las películas del lejano oeste.

En sus discursos sobre la maldad de la apertura económica al exterior es evidente que Trump, en su encendida defensa de la primacía de Estados Unidos al grito de «America First», no incluye la repatriación de los cientos de millones de dólares que representan sus negocios y su patrimonio repartidos por el planeta. Por el contrario, ha realizado numerosos intentos a fin de internacionalizar todavía más la actividad de sus empresas, ha tratado —aunque con poco éxito— de firmar acuerdos para penetrar en el mercado chino, un país tan denigrado por su *competencia desleal*, y fortalecer sus negocios en naciones musulmanas, denostadas como *terroristas*.

Asimismo, Trump se ha acercado y ha ganado apoyos en los sectores energético, del carbón y, en especial, del petróleo, el cual está fuertemente internacionalizado. En su carrera electoral aparentó, en un inicio, cierto distanciamiento respecto de dichos sectores, que apostaban con un financiamiento generoso por otros candidatos republicanos. Sin embargo, cuando Trump quedó nominado, criticó cualquier regulación por innecesaria, mala para los trabajadores o contraria al beneficio nacional. Con ello, despejaba cualquier

duda en cuanto a su apoyo al *fracking* o a los nuevos oleoductos y defendió el libre mercado frente a los controles y regulaciones medioambientales al nombrar al presidente de ExxonMobil, Rex Tillerson, como nuevo secretario de Estado, en cuya función probablemente le será difícil separar la defensa de los intereses de compañías petroleras de Estados Unidos en el mundo.

Dada su trayectoria, es evidente que Trump no defenderá las necesidades populares frente al poder de las empresas y del libre mercado. Su postura no es contraria a la globalización neoliberal, sino contra aspectos de esa globalización que perjudican a las empresas que respalda, la considerada «competencia desleal», que en su opinión daña al país. Siempre habrá contradicciones entre los intereses de unos sectores empresariales y otros; en ese contexto, algunos gestos y amenazas de Trump hacia ciertas compañías que buscan instalarse o ampliar sus inversiones en México han suscitado resistencia de las mismas.

Las contradicciones alcanzan a otros sectores, por ejemplo en el área de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), en las que la mano de obra extranjera calificada desempeña un papel decisivo, de ahí que se opongan a las restricciones migratorias de Trump. Con seguridad, habrá acuerdos que preserven en lo fundamental los intereses de esos grupos empresariales. No van a desmantelar sus plantas en México ni encontrarán obstáculos insalvables para la contratación de personal extranjero.

Resulta claro que con su posición adversa al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y al Tratado de Asociación Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés), Trump no apoyará planes de reindustrialización, ni pondrá coto a los desequilibrios del mercado con la promoción de una fiscalidad más justa o una mayor protección medioambiental. Tampoco será hostil a la globalización mediante estrategias que acaben con los paraísos fiscales o los negocios ocultos. No limitará la venta de armamento de Estados Unidos al exterior.



El «America First» ha dado prioridad a la reducción de impuestos a los más ricos y a devolver el negocio de la salud a las compañías privadas de seguros, sin las restricciones impuestas previamente. El proteccionismo nacionalista de anteponer por sobre todo a «America», estratagema que sedujo a sus votantes, no significa una mejoría de los derechos sociales (en concreto los laborales) frente a los extranjeros, considerados los culpables de los males. En cambio, la capacidad de Trump para crear tensiones y conflictos internacionales es muy alta, al igual que la de unir a una parte del mundo en su contra. Al respecto, anunció que establecerá un nuevo arancel global de 25 por ciento al acero y de 10 por ciento al aluminio que se importa de China, Alemania, Canadá y México. En este último caso, renegocia duramente el TLCAN que los vincula a México y Canadá desde 1994. Las reacciones de los perjudicados ya se anuncian con medidas de represalia. Desde la Comisión

Europea se reconoce que «hace falta una respuesta porque si no, ahora es el acero y luego podrían ser otros productos».²

La verdadera guerra comercial se lleva a cabo al invocar la protección de la industria local y, en consecuencia, la seguridad nacional, en la medida en que «los astilleros militares y los grandes proyectos en infraestructuras dependen demasiado del acero importado, que es más barato».³ Sin embargo, entre los efectos de tal medida se encuentra la elevación del costo de producción y el precio que pagará el consumidor final, lo que confrontará los intereses de grandes clientes (Boeing o General Motors a la baja) y compañías siderúrgicas (AK Steel y US Steel al alza). Dicha situación fue patente en la

² Bernardo de Miguel, «Europa reacciona y decide responder a EE.UU. con un castigo de 2.800 millones de euros», *Cinco Días*, Madrid, 2 de marzo de 2018.

³ Sandro Pozzi, «Trump se reafirma en el proteccionismo elevando los aranceles al acero y el aluminio importado», *El País*, Madrid, 1 de marzo de 2018.

Bajo el lema «America First» reside un proteccionismo nacionalista que de ninguna manera significará la mejoría de los derechos sociales y laborales de los ciudadanos frente a los extranjeros.

reacción de Wall Street al conocer la decisión. Se trata, entonces, de contradicciones en el seno del propio capitalismo estadounidense.

Según la prensa, Warren Buffett, «la cuarta mayor fortuna del mundo con 76 mil 500 mdd», declaró que su fondo de inversión Berkshire Hathaway, presente en múltiples empresas, «ha recibido este año un regalo no solicitado de 29 mil mdd» (de una ganancia total del fondo de 65 mil 300 millones).⁴ Este beneficio extra es «achable a la reforma fiscal impulsada por el presidente Donald Trump y aprobada en solitario por el Partido Republicano, según ha revelado (...) Buffett en su carta anual a los inversores».⁵ La reforma aprobada a mediados de diciembre pasado está «considerada como la mayor rebaja de impuestos de la historia para las empresas. El impuesto de sociedades bajó de golpe de 35 por ciento a 21 por ciento»,⁶ lo que significa que el Estado dejará de ingresar 1,5 billones de dólares. Con dicha ley se pretende animar la economía, pero se desconocen los efectos que tendrá sobre la deuda y la inflación.

Ante tal panorama, habría que preguntarse si es preciso oponerse a las políticas que representa Trump enarbolando la bandera del libre comercio. Algunos así lo pretenden, como si el libre mercado representara por sí mismo la solución. Sus defensores impulsaron también la desregulación de los mercados a través de la apertura comercial, la liberalización de los mercados de capitales, la privatización de los servicios públicos, la disminución de los controles medioambientales, la reducción de la protección laboral y el lanzamiento de tratados de comercio e inversión. Muchas de esas medidas son compartidas y respaldadas por los nacionalistas proteccionistas.

La polémica entre proteccionismo y liberalismo comercial ha durado más de 200 años; por lo

general se han valorado el criterio de la rentabilidad empresarial y la defensa del dominio de las élites. Desde una perspectiva del desarrollo, las sociedades del mundo han prosperado o no (con tasas de crecimiento variadas) al aplicar unas políticas u otras, lo que demostraría que el problema central no radica en ello y que la defensa de cualquier política implica tener en consideración los intereses económicos hegemónicos del momento. A su servicio se ha puesto el pensamiento ortodoxo, el cual busca sustituir las sociedades *con* mercado por sociedades *de* mercado, en un proceso acelerado de mercantilización de todas las esferas de la vida.

Circunstancias nuevas

Lo que sucede en Estados Unidos no es un episodio aislado, basta con recordar la figura personalista de Silvio Berlusconi en Italia, empresario y conservador como Trump, quien fue primer ministro en varias ocasiones en las décadas de 1990 y 2000, y que contó con una importante base electoral. El profundo descontento en amplios sectores de la población, a consecuencia de las políticas neoliberales aplicadas, provocó el surgimiento en diferentes lugares (como en ciertos países de la Unión Europea) de organizaciones y líderes ultraderechistas o muy conservadores, críticos de esta globalización y defensores de políticas proteccionistas en lo económico, y nacionalistas supremacistas excluyentes en lo social y político, hasta el extremo de fomentar el racismo y la xenofobia en nombre de la «seguridad».

La democracia al uso es confrontada y debilitada, cuando no reducida y en peligro de existir, por todas las acciones que, en ningún caso, cuestionan lo esencial del sistema capitalista vigente, aunque las fracturas sociales sean cada vez más y exista un notable incremento de las desigualdades y un empeoramiento de las condiciones de vida de la población mundial. También es cierto que la identidad y el comportamiento de

⁴ Pablo Ximénez de Sandoval, «Warren Buffett ganó 29.000 millones de dólares con la reforma fiscal de Trump», *El País*, Madrid, 24 de febrero de 2018.

⁵ *Idem.*

⁶ *Idem.*

las fuerzas tradicionalmente progresistas o de la izquierda clásica (políticas, sindicales y movimientos sociales) atraviesan una honda crisis, por lo que han aparecido nuevas expresiones políticas que intentan cubrir esos espacios electorales (no tanto los sociales) a partir de liderazgos fuertes y programas consolidados que brinden viabilidad a su opción de gobierno.

América Latina experimentó en años recientes una reconfiguración política conservadora en sus gobiernos como respuesta a las experiencias alternativas que intentaron hacer en distinto grado transformaciones con un mayor contenido nacional y popular, en especial desde el inicio del siglo XXI. Ahora sería oportuno evaluarlas con cierto distanciamiento con la finalidad de extraer un aprendizaje sin perder de vista el futuro inmediato.

Ante las nuevas circunstancias, es indispensable revisar el marco de conocimiento utilizado para ofrecer respuestas a los problemas y desafíos. Revisar no significa cuestionar lo anterior, sino que debe hacerse una necesaria crítica que no soslaye las dimensiones históricas temporales y territoriales. Esto es, considerar la realidad específica de cada momento y lugar, como criterio de verdad. En esa medida, cabe preguntarse cuáles son las limitaciones del pensamiento utilizado para captar, explicar y responder de manera superadora los problemas a los que se enfrenta. Cuántas veces tales limitaciones han impedido dar resoluciones acertadas, o tal vez porque no existen o se convierten en dogmas.

A veces las restricciones están en la propia naturaleza de ese pensamiento, pero en ocasiones son causadas por los seguidores que no han sido capaces de actualizar e integrar en el paradigma las transformaciones ocurridas en la realidad, por lo que pierde vigencia explicativa. Respecto a América Latina, habría que cuestionar a los partidarios de las corrientes keynesiana, cepalina y marxista, tres referentes a los que se ha recurrido para superar los problemas en la región. Por tanto, esto significa omitir al pensamiento conser-

vador, al que se le atribuye responsabilidad por esos problemas.

Desde determinadas posiciones marxistas se considera que el centro de la problemática radica en los límites internos del capitalismo, en tanto que se han agotado los espacios susceptibles de extraer valor, que constituyen su razón de ser. El problema de la valorización, como fundamento del sistema, es lo que llevará al capitalismo a sucumbir por sus contradicciones internas, más allá de sus límites ecológicos. La raíz del problema está en la tendencia declinante de la masa de valor, que restringe la acumulación de capital y que no puede revertir las transformaciones tecnológicas ni el voluntarismo político de ciertas propuestas reformistas, pese a que consigan disminuir el ritmo y la velocidad de la crisis.

Como puede observarse, el contexto supuestamente favorable de los enormes logros del conocimiento científico-tecnológico de las últimas décadas, que generan mayor productividad y son funcionales al sistema, no ha impedido el empeoramiento de las condiciones de vida de la población mundial; al contrario, se han aumentado las desigualdades, el desempleo y el empeoramiento de la calidad del proceso de trabajo, con más migraciones internacionales y violencia. En consecuencia, desde esa visión, ante la crisis estructural del capitalismo no queda otra alternativa que cuestionar al sistema y construir una respuesta que lo supere, pues cualquier otra propuesta sería estéril.⁷

A partir de posiciones que no plantean una alternativa al sistema capitalista sino reformas en su interior, se defiende la necesidad de cambiar el orden económico mundial existente, de democratizar las relaciones económicas, políticas, científicas y tecnológicas entre los países centrales y los periféricos, dicho en lenguaje cepalino, lo que otros llaman países desarrollados y subdesarrollados, norte y sur. Algunos otros, en lugar de periféricos o subdesarrollados, empezaron

⁷ Véase Alfredo Macías, *El colapso del capitalismo tecnológico*, Madrid, Escolar/Mayo, 2017.

a llamarlos en vías de desarrollo, hasta llegar al presente y denominarlos emergentes. Pareciera que los conceptos no corresponden a paradigmas y se han convertido en simples sinónimos gramaticales. En cualquier caso, el cuestionamiento es el mismo: hay que trascender esa división, cambiarla, lo que implica modificar estructuras e instituciones, de la dependencia subordinada de unos respecto de otros. Esto significa un cambio en el modelo hegemónico mundial.

En efecto, cuando en América Latina y el Caribe se identifican *restricciones* externas en sus estrategias de desarrollo, éstas son el resultado de las características de su *inserción* externa. Desde que esos territorios y poblaciones se insertaron en la economía y la dinámica mundial han pasado por diferentes modalidades o estilos de desarrollo en los que el factor externo ha sido un condicionante fundamental, a tal grado que habría que considerar también las *restricciones*

internas, resultado de la naturaleza y la lógica de la articulación con lo externo, de modo que se conforman nuevas unidades históricas específicas que sintetizan la conjunción de lo uno y lo otro, dependiendo del tiempo y el espacio.

Por ende, hay que revisar los cambios producidos en los últimos años, en los que la internacionalización del capital y de sus actores y sujetos se han *nacionalizado* transversalmente; han cruzado estructuralmente todos los planos de las dimensiones endógenas, y han roto su tradicional división. Además, es imprescindible preguntarse lo siguiente: ¿Dejar de ser periférico significa que un país se convierte en central? ¿Es posible que todos los países sean centrales y que todos los habitantes alcancen el mismo nivel de vida? ¿Ya no tiene vigencia el postulado del desarrollo desigual y combinado? ¿Desarrollo y subdesarrollo siguen siendo dos caras de un mismo proceso? ¿Los Estados nacionales pueden cumplir un papel

Los enormes logros del conocimiento científico-tecnológico de las últimas décadas no han impedido el empeoramiento de las condiciones de vida de la población mundial; al contrario, han aumentado las desigualdades, el desempleo, las migraciones internacionales y la violencia.



similar al de años atrás? ¿Existe una burguesía nacional con un proyecto de país y capacidad de hegemonía? ¿Los empresarios mejor preparados deben liderar las políticas de desarrollo? ¿Se deja de ser dependiente de factores externos por el hecho de una mayor regulación a cargo del Estado? ¿Qué regulaciones se llevarían a cabo, cómo y por quiénes? ¿Es necesario estar más industrializados y dedicar mayor inversión a la investigación y el desarrollo (I+D)? ¿Una banca nacional garantiza autonomía y una mejor política económica y social? ¿La nacionalidad de los dirigentes económicos y políticos asegura que un proyecto de desarrollo sea más justo, excen-to de corrupción y progresista? ¿En qué medida los nacionalismos de algunos gobiernos (que expresan los intereses empresariales y defien-den segmentos de mercado) han dificultado una integración latinoamericana más fuerte, justa y con mayor capacidad de negociación internacional? ¿La existencia de cadenas de valor entre empresarios al interior de los procesos de integración es suficiente para saber cómo funcionan? ¿Estas alianzas se desarrollan al igual que las de los países centrales? ¿En qué se diferen-cian las translatinas de las transnacionales tra-dicionales de otras áreas geográficas? ¿El bloque Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (BRICS) es el camino a seguir por los países latinoamerica-nos o para México? ¿Sus políticas se distinguen sustancialmente de las de los viejos centros he-gemónicos? En un afán por dar contestación de forma acertada a las demandas de los problemas actuales deben contemplarse las limitaciones estructurales del sistema capitalista y del pensa-miento hegemónico.

Palabras finales

Por último, se exponen razonamientos que pre-tenden dejar constancia de otros elementos a to-mar en cuenta dentro del análisis de los cambios hegemónicos en proceso. En 2018 se celebra el cin-cuenta aniversario de movimientos que marca-

ron una época, como los de estudiantes en Méxi-co, Alemania, Francia, Italia, Japón, entre otros, que cuestionaron el autoritarismo. A la vez, fue un tiempo de huelgas de obreros industriales, de movimientos de liberación nacional y revolucio-nes en el entonces denominado tercer mundo, de nuevas olas de feminismo y contracultura. Tam-bién se cumple el bicentenario del nacimiento de Marx, cuyo pensamiento estuvo presente en los sucesos de 1968.

Otro acontecimiento esencial son las eleccio-nes generales, parlamentarias y estatales en dife-rentes lugares. Dado el contexto comentado con anterioridad, son especialmente relevantes al in-terior de los respectivos países, pero sus conse-cuencias se extienden al ámbito mundial. Es el caso de los comicios federales y estatales en Mé-xico, las elecciones a la Cámara de Representan-tes y al Senado de Estados Unidos; en ambas na-ciones los resultados pueden significar cambios importantes o modificar sus relaciones, tensas desde que asumió Trump la presidencia. Otros países en los que habrá elecciones son Brasil, Co-lombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador, Venezue-la, Italia y Rusia.

Estos acontecimientos ocurren en tiempos de fuertes cuestionamientos e incertidumbres. Hay un colapso del modelo de representación y gober-nanza, un reajuste de las relaciones de poder, que discute las categorías tradicionales de la política y la sociología. Cada vez más, las elecciones son consideradas como un mercado para conseguir el voto del ciudadano, negociarlo después por parti-dos o candidatos ideológicamente desdibujados, caracterizados como *atrápalo todo*; donde todos caben, porque se trata de conquistar el gobierno al precio que sea. Es la despolitización de la polí-tica, aunque parezca un contrasentido. Ante tal panorama, no sólo las élites globales descreen de la representación política, los ciudadanos bus-can el refugio comunitario, la tribu, como su identidad verdadera, cuando no única. La revo-lución tecnológica, al desestructurar los merca-dos laborales, vieja identidad de clase, refuerza el

individualismo tribal, lo más cercano, lo inmediato, lo local, lo que dificulta una perspectiva colectiva a medio o largo plazos. Los grandes proyectos de cambio pierden base social ante un mundo de redes globales virtuales.

Entre el lenguaje más reciente del discurso en boga, emerge como una declaración de principios el uso del concepto posverdad, ya incorporado al *Diccionario de la lengua española*, que se define como la «distorsión deliberada de la realidad, mediante la manipulación de creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en las actitudes sociales».⁸ Este neologismo es una consecuencia de la estrategia tecnológica conocida como «noticias falsas» (*fake news*, en inglés), que se difunden a través de cuentas apócrifas en Facebook y Twitter y el uso de cuentas fantasmas (*bots*) que multiplican la difusión de mensajes con la intención de influir en la opinión pública.

Dicha práctica se ha vuelto recurrente en las relaciones políticas internacionales, con acusaciones entre actores de la geopolítica mundial con injerencia en asuntos políticos nacionales (por ejemplo, las elecciones de Estados Unidos o el referéndum por la independencia de Cataluña en España). Forma parte de la ciberguerra presente en el espacio de internet. En los escenarios de posverdad, y como producto de los mismos, surgió la *poscensura*. La crisis de credibilidad de la prensa y una vigilancia del pensamiento y el lenguaje a través de las redes digitales, catapultó la corrección política, con fuerte vocación censora, que ha impuesto el uso de eufemismos en las comunicaciones públicas por miedo a la ofensa.

De esa forma, se ha fortalecido un sistema represivo, que se suma a otros vinculados a la seguridad y a la sospecha sobre los demás. Constituye un modo de dañar la libertad, porque limita decir la verdad, nuestra verdad, un nuevo riesgo de esta globalización autoritaria a la que no ha sido posible vencer, pese a que se encuentra en un proceso de cambios en la hegemonía mundial. No obstante, es preciso intentar reconducir la vida hacia posibilidades de mayor plenitud existencial. Así lo expresa el lema de la edición 2018 de la Feria Internacional de Arte Contemporáneo de Madrid (Arco): «El futuro no es lo que va a pasar, sino lo que vamos a hacer».



⁸ «Posverdad», *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, 2017, en <http://dle.rae.es/?id=TqpLeom>